

América para...Donald Trump

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

Ha pasado un siglo y un cuarto para ver dos actitudes distintas hacia Venezuela en lo que atañe a la política exterior de Washington. Mientras el presidente Cleveland en 1895 se manifestó a favor del país caribeño en detrimento de los beneficios colonialistas de Gran Bretaña, ahora vemos cómo el actual inquilino de la Casa Blanca ha desplegado un enorme contingente táctico frente a sus costas aduciendo como excusa el fin del tráfico de drogas. En su proclama, Cleveland apeló a la conocida doctrina Monroe de “América para los americanos”, sin que constaran en esos momentos ni beneficios territoriales ni de ninguna otra clase. Se trataba simplemente, según Cleveland y su secretario de Estado Olney, de confirmar “un derecho americano” y de poner coto al imperialismo británico en el continente. Aunque lo cierto es que se abrió entonces un periodo inédito en la vida norteamericana, marcada por un aumento del militarismo y del intervencionismo. En este sentido, cabe recordar que en 1890 se habían construido tres acorazados para la Marina estadounidense, un cuarto en 1892 y un quinto poco después. Estados Unidos se había convertido ya en un contrincante naval capaz de rivalizar con el Reino Unido.

Esa nueva etapa recién mencionada estuvo determinada por la preeminencia de quienes, apelando a los intereses norteamericanos, pensaron en hacerse con el control del canal de Panamá y de algunas islas consideradas por ellos estratégicas. En primer lugar, pusieron sus ojos en el archipiélago de Hawái, que habría de constituir una base fundamental en la ruta del Pacífico. Si bien los más expansionistas no tardaron en fijarse en Cuba. La rebelión local contra las autoridades españolas abría una oportunidad de oro para la intrusión, como así fue, siendo bajo la Administración McKinley cuando Estados Unidos declaró la guerra a España y la ganó. Cuatro días después de concluida la conflagración, era ratificada formalmente la anexión de Hawái. No obstante, conquistar Cuba parecía imposible, pero no así Puerto Rico, de suerte que, al renunciar España a ambas posesiones, quedaba excluida del continente americano. Washington no sólo consiguió establecer una supremacía sobre la perla del Caribe, sino también expulsar de América a otra vieja potencia colonizadora. Pero, evidentemente, no se conformaron con eso y se lanzaron asimismo sobre las islas Filipinas, de forma que, cuando se firmó el Tratado de París de 1898, España transfirió la soberanía de las islas a Estados Unidos con la compensación de 20 millones de dólares. Con Hawái y Filipinas, Washington dominaría las rutas marítimas de Asia.

Para muchos estadounidenses se había traicionado el espíritu de los padres fundadores, pero la suerte estaba echada. El desarrollo industrial experimentado por el país en el último tercio del siglo XIX debía tener su reflejo a nivel militar, al menos por lo que a Latinoamérica se refiere, poniendo coto a las influencias de los países europeos. Esta política de intervención se vio reforzada al término de la Segunda Guerra Mundial, cuando, a partir de los acuerdos de Bretton Woods de 1944, el orden mundial estuvo marcado por los Estados Unidos, cuyas bases económicas quedaron intactas, a diferencia de lo vivido en Europa. En el marco de la Guerra Fría, dicha política en el continente no dejó de aumentar, buscando socavar en todo momento los posibles apoyos en la región de la Unión Soviética. La doctrina Truman procuraba frenar las influencias llegadas de Moscú y de ahí la cantidad de operaciones puestas en marcha, siendo las más espectaculares los intentos de asesinato de Castro en Cuba, con la crisis de los misiles de por medio en 1962, y el derrocamiento de Allende por un sector del ejército

chileno golpista auxiliado por los norteamericanos. La periodista Caroline Conejero (DV, 1-12-2025) señala que, entre 1898 y 1994, la Casa Blanca ha estado involucrada en la deposición de 41 gobiernos.

Sólo en este contexto podemos entender la presión que está llevando Trump en Venezuela, y que tiene un antecedente claro desde que llegó en enero al poder: el querer hacerse con Canadá. Sin embargo, las actuaciones de épocas anteriores se correspondieron bien con cuestiones geoestratégicas (marcadas en muchos casos por el conflicto entre capitalismo y comunismo), bien con cuestiones económicas. Ahora la excusa es distinta: combatir el narcotráfico. Él habla de guerra para justificar unos ataques que no casan con el derecho internacional, aparte de constituir ejecuciones extrajudiciales. De hecho, una contienda debe ser aprobada por el Congreso, cosa que no ha sucedido. Pero, incluso, para golpear a los narcotraficantes, ¿es necesario un arsenal bélico de semejante envergadura? Es difícil de creer, por lo que muchos analistas piensan que el objetivo final es provocar la caída de Maduro con la anuencia de la oposición venezolana. Indudablemente, su dictadura es abominable y, tras lo visto en las últimas elecciones, este señor debería estar fuera del cargo. Dicho esto, volver a las fórmulas típicas de tiempos pasados no creo que sea la mejor solución. El mandatario que tanto habla de paz mantiene unas posiciones cada vez más agresivas hacia Venezuela y hacia Colombia, pensando nuevamente en que América Latina es su patio trasero.

6 de diciembre de 2025

Publicado en *El Diario Vasco*, 12 de diciembre de 2025, p. 22